



Carlota Bustelo (PSOE-Madrid) y Dolores Calvet (PSUC-Barcelona). Carlota Bustelo pidió que los anticonceptivos sean dispensados gratuitamente por la Seguridad Social.



Sánchez Montoro intervino en un debate sobre la tortura. Aquí está en el bar con Pilar Bravo, Carrilo, Solé Barberá y Gutiérrez Díaz.

defender el Estatuto para Cataluña en las Cortes republicanas.

Pide la diputado que se enseñe a escribir en las escuelas la lengua materna. Es decir, el catalán, el gallego, el vasco y el castellano. De ahí esta alegría de los amantes del castellano, idioma que lleva siglos maltratado en la enseñanza.

Anticonceptivos dentro de un orden

Carlos Sentís, diputado catalán de UCD, se encargó de decir que sí, para seguir con la cadena de unanimidades. Se enseñarán las lenguas maternas.

Hubo, por el contrario, disidencia en otro tema a la par materno y paterno.

Carlota Bustelo, socialista de Madrid, pedía gratuidad de los anticonceptivos por parte de la Seguridad Social. En España, el 70 por 100 de las mujeres casadas utilizan algún tipo de anticonceptivos.

El ministro Sánchez de León no estaba por la labor. Quien tome la píldora que la pague. Lo que sí hará su Ministerio es establecer setenta y cuatro centros de ordenación familiar. En ellos se informará a las familias. No quería el ministro el nombre de planificación familiar (eso de planificación debe sonarle a soviético) ni tampoco información para solteros, que una cosa es la libertad y otra es el libertinaje. O sea, libertad pero dentro de un orden. O de una ordenación familiar. ■
Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

LoS
CoNteM
poRa
nEoS

LA INTIMIDAD

Era un muchacho trémulo y tímido, como ya casi no hay. Dijo —bajito y suave— que venía en nombre del Ayuntamiento. Siempre es grato recibir un emisario del Ayuntamiento: es una ocasión de sentirse municipal. Dijo también que el Ayuntamiento le había encargado una encuesta. Ayudemos, pues, a que el Ayuntamiento conozca. Cuando se le invitó a hablar, carraspeó un poco y comenzó su lección: "Supongo que este es un hogar católico..."

"No". Enrojeció súbitamente y tembló un poco más. Debe ser terrible para un joven tímido y municipal sentirse ante la puerta abierta de un hogar que sin duda no puede merecer tal nombre, puesto que no es católico: puede ser la puerta del infierno. Emitió unas breves disculpas y huyó. "¿Es que no le interesa al Ayuntamiento lo que sucede en un hogar no católico?". "¡No, no!", dijo, mientras escapaba. Como alma que lleva el diablo.

Me lo cuentan con alguna ira. Con las preguntas correspondientes. ¿Es que no hay derecho a la intimidad? No, claro. ¿Es que el Ayuntamiento de Madrid tiene derecho a saber la religión o no religión de sus ciudadanos? ¿Es que la suposición inicial ante cualquier puerta a la que se llama de que es un hogar católico no discrimina, no margina ya a los que no lo son? ¿No coacciona ya a los encuestados, forzados por antiguos —o nuevos— miedos? Si es así, ¿qué veracidad pueden tener las respuestas?

"David contaba sus rebaños y les entraba la peste": las Escrituras no estaban muy de acuerdo con las encuestas y los censos. Se pide al ciudadano que colabore: no sabe con qué está colaborando, y si finalmente no está en contra suya. Se le alucina con la palabra ciencia: las encuestas son científicas, ayudan a los gobernantes —estatales o municipales— a saber la naturaleza de la cosa gobernada. El municipio somos todos, el Estado somos todos. Paguemos puntualmente a Hacienda, porque Hacienda somos todos. ¿No seremos unos menos Hacienda, menos Estado, menos municipio que otros? Orwell ironizaba: "Todos los hombres somos iguales, pero algunos son más iguales que otros". No hay que engañar, no hay que mentir, nos adoctrinaban de niños los que engañaban y mentaban. Luis XIV tenía la gallardía de decir "El Estado soy yo": ahora nos dicen que el Estado, el municipio somos todos, somos nosotros: sin que hayan variado los fines.

Pero es el léxico de la democracia. Con una corrección: es el léxico de las aspiraciones, nunca conseguidas todavía, de la democracia. Consideremos con sospecha a quien nos diga que ya está conseguido: Si alguien nos dice que todos somos ya el Estado, es que ese alguien es el Estado —aunque sea una porcióncilla— y nosotros no.

El joven trémulo que preguntaba era, realmente, una parte del Ayuntamiento. Por eso preguntaba. El visitado no lo era: era el sujeto pasivo, el número, el preguntado. Me ha contado: "Desde ahora, diré siempre no. A lo que me pregunten. Aunque sea la evidencia misma. Si alguien llama a mi puerta y pregunta '¿usted es usted?', responderé que no. Entre otras cosas, porque no estoy seguro. A lo mejor soy Hacienda, a lo mejor soy el Ayuntamiento, el Estado. Lo más que puedo hacer es preguntarme a mí mismo. Mi intimidad es mía". Pero decir no, finalmente, es también decir algo. Hay pocas escapatorias. ■

POZUELO